



Luego de reparar en un retrato en 3D publicado por la PDI en **La Tercera** en 2012, el periodista Rodrigo Fluxá inició una extensa búsqueda para intentar resolver el misterio de unas osamentas en un pique minero en Arica. Sus pesquisas junto a la detective Rosario Otárola se recogen en su último libro, del que ofrecemos un adelanto.

Por **Rodrigo Fluxá**

Corazón Partío:

Libro revela persecución y desapariciones de homosexuales durante el régimen militar

DÍA 1
26 de marzo de 2010

Cuando Bernabé Vega contestó el teléfono en la casa en Hualqui y de su boca salieron las palabras que salieron, algo invisible comenzó a moverse. Él no lo sabía entonces y la detective Rosa Otárola, al otro lado de la línea, tampoco lo sabía. Ella estaba llamando a un marino retirado, diciéndole lo que solía decirles a esos hombres en sus últimos años: que trabajaba en la PDI y necesitaba hablar con él. La detective Otárola esperaba que le respondieran lo de siempre: ¿Conmigo? Debe haber un error. Yo nunca vi ninguna cosa. Es que nadie contaba nada en esos años y, aunque hubiesen contado, con el tiempo que ha pasado la memoria empieza a fallar. ¿Quién fue que me mencionó?

Pero Bernabé Vega, a sus 72 años, respondió:

—Sabía que iban a venir en algún momento.

Antes de cortar, la detective Otárola le dijo a Bernabé Vega que pasarían a buscarlo a su casa, ubicada a un kilómetro de la iglesia donde él era pastor. Pero Bernabé Vega les pidió que no, porque su familia y sus sirvos no sabían nada de ese asunto. Preferiría esperarlos en una bomba de bencina. La detective llegó puntual. Era un cruce improbable en sus biografías. Ella había nacido en Arica, en 1973, cuando Bernabé Vega llevaba dos temporadas en esa ciudad. Es cierto que caminaron por las mismas calles, ella como una niña, él como un agente civil de Inteligencia, pero fue una ventana vital corta: cuando la detective entró a primero básico, el marino ya se había ido.

Bernabé Vega se subió al asiento trasero de una van. Parecía un hombre amable, religioso, lo que no era tan raro, porque algunos de los militares envueltos en causas de derechos humanos habían girado, sinceramente o no, al culto. Los detectives aprovecharían el viaje para adelantar la toma de declaración.

Entonces, ¿estuvo en Arica los años posteriores a 1973? Sí. ¿Sabe lo que es el CIRE?

Sí, el Centro de Inteligencia Regional. ¿Fue parte de ese equipo de Inteligencia? Sí. ¿La casa donde operaba estaba en la Av. Tarapacá, ex Diego Portales, poco antes de la rotonda? Sí. ¿Al frente había una avícola? Sí. ¿Se escuchaba el canto de los gallos al amanecer? Sí.

¿Cómo sabe tanto? ¿Quién fue el que me mencionó?

Es que, ¿cómo sabía eso la detective Otárola? De mirarla costaba adivinar que se dedicaba a lo que se dedicaba. Ella estaba cerca de los 40 años, pero se veía más joven y, sobre todo a los ojos de alguien de la edad de Bernabé Vega, demasiado grácil para ese oficio. Algo de verdad hay en ese prejuicio y algo de prejuicio hay en esa verdad: habría que tener el ojo muy afinado para adivinar que la detective Otárola era una policía. Su mane-



► Sergio Núñez Guerra, "Mc Lean", nació en Valparaíso en 1929. Partió a Arica en los 70 y su familia le perdió la pista en 1977. Fue detenido en una redada.

ra de hablar —pronunciando las consonantes, con pausas marcadas— era lo único que la podía delatar, pero, extrañamente, justo esa característica se la debía a otra cosa y no al hecho de que tuviese en todo momento una pistola Sig Sauer P229 colgando del cinturón.

Frente a Bernabé Vega, en ese momento, sentada en el auto en el asiento del copilo-

to, no se le veía. Y cuando le preguntan cómo llegó hasta ahí, ella responde:

—Siguiendo un dedo.

DÍA 2
15 de agosto de 2008

Si de por sí las jornadas solían ser tediosas, durante un turno de feriado, como lo era el de la Asunción de la Virgen, el aburrimiento podía desatar alguna crisis vocacional. La detective Otárola había llegado en febrero a Arica, a la Brigada de Homicidios, su primera asignación.

Cuando salió del colegio fue crupier, locutora radial, lectora de noticias, todo mientras estudiaba traducción en un instituto. Precisamente eso le permitió trabajar en una aerolínea, en el mesón del aeropuerto, donde los policías de aduanas le contaron que la PDI estaba abriendo cupos para profesionales. Esa oferta, en periodo de caza de talento joven, solía venir maquillada: los nuevos detectives no harían trabajo de calle, no habría balas, no habría sangre. Pero el reclutador de la detective Otárola tuvo la deferencia de decirle la verdad: "Serás policía y los policías ven muertos".

La detective Otárola no tenía ninguna experiencia con los muertos, pero años antes le había tocado interpretar a uno. En el casino, un productor se le presentó diciendo que su cara era perfecta para un programa que grabarían pronto. El programa era *Mea Culpa*. Tenía que personificar a Marjory Navarro, una joven ariqueña que había sido secuestrada, violada, asesinada y enterrada junto a su pololo en 1992 por una banda de peruanos. El capítulo fue un éxito y en el rodaje conoció a los detectives reales que solucionaron el caso, quienes le mostraron fotos de la escena del crimen: dos muertos.

La detective Otárola les ha contado a muy pocos compañeros sobre su debut como actriz y, cuando lo ha hecho, les ha aclarado que no vivió una epifanía que la haya llevado a iniciar una carrera policial. Si algo pudo influir en esa decisión fue haber conocido

personalmente a los jóvenes asesinados: ambos iban a su mismo colegio, unos cursos más arriba; su mamá les había hecho clases y su aparición enterrados a las afueras de la ciudad la había movilizado. Protestó cuando el Presidente Patricio Aylwin indultó a los tres culpables, conmutándoles la pena de muerte por la de cadena perpetua. No le pareció justo el balance entre la falta y la pena.

Ahora, de 35 años, en la oficina un día feriado, tampoco le parecía justo lo que habían sido sus primeros meses como detective. Sentía que sus compañeros no la respetaban y que parte de ese desprecio desembocaba en quedar marginada de cualquier investigación relevante.

Esa misma mañana de la Asunción de la Virgen el conscripto Jausen Gajardo vivía su propia crisis, aunque en su caso era de índole ético. El día anterior había participado de un ejercicio del Grupo Blindado Número 9, que consistía en trotar a la hora de más calor a 27 kilómetros de Arica. Al llegar al sector de Pampa Chaca vio un bulto de tierra, con un roñoso chaleco café. Debajo había unos huesos. Le contó a su capitán, que a su vez le contó a su mayor. Ambos llegaron a la conclusión de que no valía la pena hacer un escándalo: solo activaría un cerro de protocolos para lo que bien podía ser un animal.

Pero el soldado Gajardo no pudo dormir; esas costillas no parecían de perro. Tomó dos bolsas de plástico y se subió a su auto, ahora como civil.

Usó las bolsas como guantes. Le bastaron unos brochazos para confirmar su impresión: era un cuerpo humano. Volvió al regimiento y contó lo que había hecho. Ya no había otra opción que llamar a la policía.

La detective Otárola fue al lugar con su jefe. Entonces, apareció. Apareció un dedo.

El cadáver no tenía cabeza, pero la momificación permitió que las manos se conservaran bien y en unos meses se identificó a la víctima por sus huellas. La miembro del